

# Pánico y mercado: un análisis con respecto a la crisis económica estadounidense de 2008 en los medios de la prensa argentinos

*Maximiliano Korstanje\**

UNIVERSIDAD DE PALERMO (ARGENTINA)

## Resumen:

Todo principio de milenio trae consigo cierta angustia y temor en parte debido a que cualquier evento es interpretado como un signo del «Apocalipsis», o tal vez porque una nueva reestructuración económica se avecina. Hemos resaltado en nuestro tratamiento teórico que el mercado para Dupuy cumple funciones específicas con arreglo a un mecanismo automático auto regulado armonizando los amores y odios entre los individuos; individualidad, narcisismo y cálculo están al servicio de un supuesto bien común y la mesura. Pero el temor es inherente al mercado, no sólo se encuentra en su interior sino que es parte de él mismo. En este contexto, el presente trabajo ha intentado analizar el discurso de la prensa argentina en la cobertura de la crisis económico-financiera internacional suscitada a fines de Septiembre de 2008, cuyas consecuencias materiales y psicológicas se sienten hoy día en todo el mundo. Según nuestra perspectiva los medios argentinos evidencian un alto pesimismo al utilizar términos negativos relacionados a la oscuridad, el temblor o el derrumbe. Una forma de conectarse con otros temores más profundos que se mantienen latentes.

## Palabras Claves:

Crisis Económica, Medios de Prensa, Pánico, Milenarismo.

## Panic and Market, an appraisal on the financial crisis in United States under the lens of argentine mass-media.

## Abstract:

In the wage of a new millennium, societies around the globe experience in a certain grade panic and anguish; that way, any events is reinterpreted as sake of Apocalypses; or likely because a new economic restructuration is imminent. Theoretically, in accordance to Dupuy we have highlighted market fulfill certain goals harmonizing solidarity and conflicts among citizens; individualism and narcissism and rational calculation are supposedly at the service of a common well-being and austerly. But fear lies in the hearth of Market not only as a component but also awaiting the chance for waking up. Under such a context, the present work is aimed at describing and analyzing the coverage of Argentinean newspapers about the financial American crisis dated in 2008 whose consequences are felt psychologically inside and beyond the United States. From our point of view, the graphic mass media in Argentina demonstrate evident signs of pessimism by using words relating darkness, tremor, and collapse. A way of connecting with other deeper fears that still remains covered.

## Key Words:

Economic Crisis, Newspapers, Panic, Millenarism.

## 1. INTRODUCCIÓN

La crisis económica en el corazón de la estructura financiera estadounidense en 2008 ha generado un gran «temor» en todo el mundo como así también la caída del consumo y el aumento progresivo del desempleo. En ese contexto, el siguiente artículo lejos de indagar sobre

las causas reales de dicha crisis, intenta estudiar cuales son los efectos psico-sociales y como los medios argentinos de prensa tratan el tema. Es cierto que cada mil años los hombres se cuestionan no sólo sus formas de organización socio-político y económicas sino además sus valores morales y religiosos. En este contexto, el milenarismo se presenta como una ola cuyo objetivo principal es la reforma

moral por intermedio de la imposición del temor y la esperanza en que un «mundo mejor» es posible.

Por ser ciudadanos del segundo milenio D.C. nos situamos en un contexto preferencial, y con éste observamos las angustiosas necesidades de cambio o visiones apocalípticas que los hombres demuestran y ocultan. Esta tendencia engloba todo el comportamiento y la esfera del pensamiento humano incluyendo a intelectuales o medios de prensa.

Con una metodología cualitativa basada principalmente en el análisis de contenido, nuestra hipótesis apunta a que existen en los colectivos arquetipos míticos con contenidos milenaristas de «miedos pasados». Estos sentimientos aunque angustiantes tienen una función profiláctica en momentos de incertidumbre, ya que: a) refuerzan la identidad del grupo, religiosa, nacional o de otra índole; b) mediante la presentación de un panorama relacionado a lo «oscuro» o a «lo maligno» permiten vislumbrar una esperanza futura, c) el pesimismo que caracteriza estos estadios conduce a un sentimiento positivo posterior; y d) el pánico no es fortuito ni azaroso; tras sus múltiples manifestaciones subyace el terror a ser excluido; exegéticamente así «la maldad» es el «terror a ser excluido de la vida y de la sociedad».

## 2. DISCUSIÓN INICIAL

Uno de los primeros exponentes en estudiar las emociones y el temor fue M. McDougall. Según su punto de vista, las emociones dependen de la percepción del riesgo por la cual existe un ajuste que decide entre el ataque y la huida. Estos instintos se encuentran vinculados a metas específicas las cuales dependiendo de las emociones pueden mezclarse<sup>1</sup>. Otro interesante trabajo de Rivera sugiere la posibilidad de estudiar el tema en tres esferas complementarias al comportamiento individual: la atmósfera, el clima y la cultura. Las emociones pueden ser analizadas fenomenológicamente de acuerdo a la idea de clima emocional. Particularmente con este concepto, Rivera entiende a todo fenómeno grupal que puede ser palpado o sentido como ser el caso de una fiesta donde quien ingresa experimenta determinado sentimiento. La atmósfera emocional se distingue del término anterior por ser una respuesta específica grupal ante cierto evento localizable en tiempo y espacio. Finalmente, la cultura emocional hace referencia a una estructura más estable que las anteriores cuya función es la adaptación al medio. Asimismo, el autor está convencido que las tres esferas pueden ser comparadas entre naciones o países. Como es el caso de la dictadura

pinochetista y el cima emocional de miedo que imperaba y las inferencias que pueden hacerse con Argentina o España durante ese período. La postura de Rivera es puntualmente pertinente al tema en estudio debido plantea la posibilidad de que cada grupo humano pueda ser analizado acorde a sus propias emociones, entre ellas el miedo<sup>2</sup>.

En una perspectiva más reciente, K. T Strongman considera que el temor y la ansiedad deben ser comprendidas como fenómenos separados. El miedo o temor a una señal (riesgo) es una parte inherente a nuestro sistema psíquico incluso funcional a la preservación del mismo. Sin embargo, la ansiedad puede motivar negativamente al sujeto subsumiéndolo en un miedo no existente. En cuanto a temor irreal la ansiedad se desprende analíticamente del temor en sí mismo<sup>3</sup>.

En este sentido, un interesante abordaje empírico llevado a cabo en Argentina por la filósofa Alicia Entel ha revelado que el núcleo teórico del psicoanálisis clásico con respecto a la fragmentación identitaria en contextos de convulsión institucional o de crisis debe ser tenido en cuenta en forma seria. Los objetivos de la investigación apuntaron a investigar como el imaginario social responde en momentos de crisis, determinar como se articulan las prácticas segregativas y discriminatorias hacia grupos diferentes bajo el mecanismo del «chivo expiatorio», analizar como circulan los miedos urbanos por los medios masivos de comunicación y contribuir a la palear los efectos negativos de los temores en la sociedad. Básicamente, la autora trabaja con barrios de la ciudad de Buenos Aires y la ciudad de Paraná en donde lleva los supuestos de Freud al campo del estudio empírico. Según sus observaciones, existen dos tipos de miedos: a) aquellos que se vinculan discursivamente a una política de exclusión y discriminación con el fin de evitar la fragmentación de la propia personalidad social y b) los miedos se forjan y permanecen durante mucho tiempo en el corazón simbólico y la memoria de una sociedad cambiando sólo la forma externa pero no su contenido<sup>4</sup>.

Sin embargo, el trabajo de Entel tiene ciertas limitaciones en el campo metodológico por cuanto omite erróneamente los siguientes puntos: a) la investigadora no detalla sobre los motivos que la han llevado a elegir ciertos entrevistados y no otros como así tampoco sus características principales más allá de género y edad, b) desconoce más de 40 años de crítica la postura psicoanalítica con respecto a que las fobias se forman en el carácter temprano y permanecen hasta la adultez, c) considera además como válidas las respuestas de los entrevistados entablando de esta forma una causalidad científica directa

<sup>1</sup> MCDUGALL, W., «Emotion and behaviour genetics in vertebrates and invertebrates», in M. LEWIS and J. HAVILAND (Eds). *Handbook of Emotions*, Nueva York, Guildford Press, 1928.

<sup>2</sup> RIVERA, de J., «Emocional Climate: social structure and emocional dynamic», en K. T STRONGMAN (Ed.), *Internacional review of studies in emotions*, vol. 2, Chichester, Willey and Sons, 1992.

<sup>3</sup> STRONGMAN, T.K., *The Psychology of Emotions*, Chichester, Wiley and sons, 1998, pp. 114.

<sup>4</sup> ENTEL, A., *La ciudad y los miedos: la pasión restauradora*, Buenos Aires, La Crujía, 2007, pp. 68-80.

en lo que éstos manifiestan y su marco teórico sin mayor crítica o demostración y d) no introduce en el debate teórico a autores como Dupuy, Quarantelli o Castel que enriquecerían sustancialmente su tratamiento.

### 3. EL ORIGEN DEL MIEDO

La proximidad del riesgo con respecto al sujeto determina la percepción de una amenaza y la posterior reacción la cual puede ser de enfrentamiento o huida. A diferencia del miedo el cual permite articular mecanismos de huida ante determinada amenaza, el terror se opone a ellas paralizándolo al sujeto. «Estas medidas de impedimento» (rituales) buscan destruir el suspenso y el peligro actuando de una manera imaginaria o simbólica cuya función es manipular la amenaza en un dato manejable y esperable; por ejemplo los amuletos de la suerte. No obstante, aún luego de orquestados estos mecanismos regulatorios el miedo puede resultar acechante. En otros casos, la huida puede ser sustituida por una intención imaginariamente construida sobre un potencial peligro. En resumen, si el riesgo habla de una amenaza real o potencial, el miedo es su elaboración simbólico-emocional.

Cuando esta elaboración se hace extrema (terror) el individuo pierde su defensa implicando su propio aniquilamiento. En la mayoría de los casos riesgo y miedo van unidos de la mano -como ha demostrado la psicología experimental-, aunque sólo a veces éstos se transforman en terror. Finalmente, si bien el miedo remite o sugiere cierta interacción de entes con una igual condición ontológica -o iguales en la imaginación-, el peligro genera una ruptura otorgando mayor poder a una parte en detrimento de la otra. Así, la otredad construida por el temor no es ubicable en condiciones normales sino extrañas y misteriosas -con poderes específicos que en general se presentan como malignos o extra-terrenales-. En otras palabras si el miedo genera huida el temor implica una posibilidad de libertad en la creación de un lazo duradero con el otro temido fundando una normatividad específica y aplicable a tal relación<sup>5</sup>.

Ahora bien, mientras el miedo puede ser condicionado por acción del imaginario (o por lo menos controlado) no existe tal oportunidad para el temor ya que cualquier medida de impedimento es nula. El proceso de normalidad fijado por el miedo delimita un campo en donde la personalización está protegida de «toda destrucción» por medio de un vínculo con un «otro absoluto», más fuerte y poderoso. Fuera de este espacio construido, se encuentra el peligro y la amenaza<sup>6</sup>. Es posible que la relación entre el sujeto y el «otro absoluto» quede vinculada por la acción de lo tremendo como categoría destinada a enfatizar esa desigualdad política. El punto central es que lo tremendo crea una

dependencia casi absoluta entre el sujeto y el otro inmanente. En esta instancia, las categorías mencionadas se disocian del terror por cuanto establecen una oscilación entre lo concreto y lo totalmente desconocido.

En ese contexto, el peligro no es ni religado y ritualizado (como en los casos anteriores) sino queda en suspenso de toda denominación posible y específica. Si tememos a lo posible, tenemos terror de lo imposible, y así la propia incapacidad de sentir la seguridad de nombrar y representar algo. En sí, el terror trae consigo una incongruencia de tipo lógico-racional por cuanto se remite a una ordenación que solo es tenida en cuenta para ser transgredida. En este caso, no existe hábito sino solamente huida, fuga y el sujeto se encuentra constantemente en retirada. Al igual que lo siniestro, el terror tiene como función la despersonalización simbólica del sujeto por parte de la no pertenencia y la destrucción del ámbito. Por lo tanto, queda destruida toda capacidad de encarar un proyecto y una relación. Dice al respecto Saurí «*lo siniestro, ambiguo, vacilante y arbitrario anula toda posibilidad de ser encuadrado. Pero además es imprevisible, por lo cual no cabe precaución; sobreviene, embarga la personalización y la arranca bruscamente así misma. No existe aquí la morosidad de la amenaza: no avisa, irrumpe inopinadamente como un rayo en un cielo sereno y la brusquedad garantiza el surgimiento de la injusta agresión requerida por la arbitrariedad*»<sup>7</sup>.

El miedo y el terror están presentes en casi las mayorías de las mitologías en los inicios del mundo, sin embargo es la greco-romana la que mejor lo simboliza en el acto mismo de creación, principio de castración de Urano, y la culpa sobre el crimen cometido de Cronos contra su padre. En este punto, el profesor Jean Marie Vernant es más que ilustrativo cuando -con respecto al nacimiento del mundo griego- afirma «*al meditar sobre el desarrollo de esta historia, se puede pensar lo siguiente: para que exista un mundo diferenciado, con sus jerarquías y su organización, fue necesario un acto inicial de rebeldía, el de Cronos al castrar a Urano. En ese momento, Urano lanzó una maldición contra sus hijos, una imprecación que los amenazó con una culpa a pagar, un tisis. Contrariado así el curso del tiempo, aparecen el mal y la venganza, las Erinias que obligan a expiar las culpas, las Ceres. Las gotas de sangre caídas del miembro cercenado de Urano han engendrado las fuerzas de la violencia en toda la extensión del mundo*»<sup>8</sup>. Pero las cosas no parecen tan simples, en realidad existe una ambigüedad manifiesta en las fuerzas cósmicas: la concordia y la violencia no sólo coexisten sino son parte misma de los dioses. Y así, continúa nuestro autor «*caos engendró la noche y ésta engendró a las fuerzas del mal. Esas fuerzas son ante todo la Muerte, las Parcas, las*

<sup>5</sup> SAURI, J., *Las Fobias*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1986, p. 21.

<sup>6</sup> Op. Cit, p. 23.

<sup>7</sup> Op. Cit, p. 31.

<sup>8</sup> VERNANT, J. P., *Érase una vez ...el universo, los dioses, los hombres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 50.

*Ceres; el homicidio, la matanza, la carnicería. Son también los males: desdicha, hambre, fatiga y vejez... Todas estas especies de mujeres negras se precipitan sobre el universo, y en lugar de un espacio armonioso, hacen del mundo un lugar de terrores, crímenes, venganza y falsedad»<sup>9</sup>.*

Si analizamos exegéticamente el texto precedente, obtenemos tres elementos diferenciados, conflicto – culpa – miedo. En parte la misma dinámica ha sido tomada por el psicoanálisis de cuyas contribuciones nos ocuparemos más adelante, lo cierto parece ser que nuestros temores según ésta idea son producto de nuestras propias faltas y culpas derivadas. En tanto que, el constante sentimiento de inseguridad en los pueblos occidentales (y sobre todo dentro de territorio estadounidense) obedece a culpas no asumidas en el pasado, como por ejemplo el bombardeo atómico a Hiroshima y Nagasaki en el 45. En este contexto, el temor a un atentado químico o nuclear cuya obsesión parece apoderarse de la mentalidad americana no es otra cosa que las propias culpas reprimidas –como bien ha estudiado el existencialismo alemán-<sup>10</sup>.

Aunque de forma polémica, ello explicaría porque a pesar de haber experimentado atentados en sus capitales tanto en España como en el Reino Unido, Egipto o Bali al igual que la Argentina y otros países del mundo, el tema se ha mantenido sin desembocar en una actitud generalizada y paranoica como en los Estados Unidos. No obstante, el miedo no solamente crea y estructura sino que como veremos a continuación es la base de la propia fuerza política y se mantiene latente para construir lo externo en la sociedad. Asimismo, no sólo actúa sobre los ataques sino también sobre implosiones internas como los mercados y las crisis económicas mundiales. Pero ¿cómo definir conceptualmente al miedo en el otro?

#### 4. LA POSICIÓN DEL OTRO

Dedicándole una sección al origen mitológico del temor en la cultura griega, es necesario relatar y analizar la narración que hace referencia a la construcción de la otredad, la hospitalidad y el rechazo como ejes discursivos del temor a lo no conocido. Cuenta Vernant que regresado Dionisio, hijo de Zeus y Sêmele (un Dios algo difícil de encasillar relacionado al placer o al vino) a Tebas personificado como un sacerdote de su propio culto, es rechazado como extranjero y bárbaro por el Rey Penteo. Por medio de sus diferentes artimañas, Dionisio alborota la ciudad transformando el carácter de las mujeres de simples y pasivas esposas, a salvajes e insaciables seres que abandonan a sus

hijos y a sus tareas en el hogar para dirigirse a los campos. Penteo manda a encerrar dos veces al dios quien con sus trucos logra finalmente liberarse, e invita socarronamente a Penteo como observador escondido en un pino, es descubierto por las bacantes y por Agáve su propia madre quienes estaban en un culto orgiástico desenfundadas y entregadas al deseo de todos los excesos. Las bacantes presas de una ira furiosa por haber sido descubiertas, despedazan vivo a Penteo y le entregan la cabeza a su madre quien orgullosa la muestra como trofeo, pasado el efecto narcotizante y vuelta en sí, Agáve da cuentas del horror, de haber sido participe en el asesinato de su propio hijo<sup>11</sup>.

He aquí varias interpretaciones, es cierto que Penteo representa al hombre griego como ser capaz de razonar (logos) y mantenerse a raya de cometer cualquier acción indigna, evitando ser presa de sus pasiones a la vez que dirige su desprecio hacia las mujeres como portadoras de la pasión (pathos). Incluso, Penteo desprecia al sacerdote en forma simbólica como los griegos despreciaban a todo lo que no era griego (etnocentrismo) y le niega de sí la hospitalidad. Tras su necesidad de mantener el orden jerárquico, Penteo cierra la llave de la hospitalidad del hogar donde se encuentra la mujer<sup>12</sup>. En este sentido, no es extraño como viera Frederick Nietzsche el origen de lo trágico como la confluencia entre el logos y el pathos, una suerte de intento de dominación de la razón por sobre la fuerza de la vida, sobre lo emocional. Para el filósofo alemán, es inútil subsumir el pathos al logos, la vida trasciende en forma horrorosa e implacable como Dionisio lo hizo con Penteo<sup>13</sup>. Todo lo que hay de terrorífico en el hombre, es el propio intento de hacer humano lo salvaje.

La interpretación nietzscheana no puede explicar el lugar el otro en la constitución de la propia identidad, es decir el rechazo como forma de muerte. En este sentido, Jean-Pierre Vernant estudia el mito en cuestión como «la pérdida de la identidad» ya que el drama es provocado no por el estado natural de las bacantes sino por la propia incompreensión de Penteo quien (a su vez) niega el vínculo entre lo extranjero y Tebas. Así, escribe Vernant «*Penteo sufre una muerte espantosa: el civilizado, siempre dueño de sí, que cede a la fascinación de lo que pensaba que era el otro y lo condenaba, es desgarrado vivo como un animal salvaje. El horror se proyecta en el rostro de quien no ha sabido hacerle lugar al otro*»<sup>14</sup>.

En resumen y según lo expuesto, el temor y más aún el error actúan en conjunción con la negación del extranjero, del otro diferente, a cuanto más diferente y más negado,

<sup>9</sup> Op. Cit., p. 50

<sup>10</sup> FREUD, S., «Análisis de la Fobia en un niño de cinco años», *Obras Completas*, volumen X. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998. KIERKEGAARD, S., *Temor y Temblor*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2003, *De la Tragedia*, Buenos Aires, Quadratta, 2005 y *Tratado de la Desesperación*, Buenos Aires, Quadratta, 2006.

<sup>11</sup> Op. Cit., pp. 152-157.

<sup>12</sup> Op. Cit., pp. 155-156.

<sup>13</sup> NIETZSCHE, F., *El Origen de la Tragedia*, México, Editorial Porrúa, 2006.

<sup>14</sup> Op. Cita., pp. 161

mayor es el miedo. Sin embargo, ello no resuelve la posición del miedo en la vida de los hombres; es decir, Penteo reniega de lo extraño por miedo, a la vez que da origen a lo trágico, lo horroroso en sí mismo. Empero, el miedo parece ser interno a la propia comunidad y despierta en situaciones específicas. Si esto es así, entonces deberíamos unir un puente conceptual que focalice en como actúa el miedo dentro de las mismas sociedades en las que se encuentra alojado (como un huésped).

Un interesante artículo de E. L. Quarantelli sugiere la posibilidad que el pánico no sea necesariamente una cuestión irracional, ni mucho menos disolutiva. Según el autor, el pánico se mantiene en las sociedades como un agente capaz de lograr el orden en momentos de natural desorden. Siguiendo la idea durkheimiana sobre el crimen, Quarantelli asume que el pánico no es ajeno a la sociedad, sino parte constituyente de la misma para mantenerse unida. Los lazos sociales se mantienen inquebrantables gracias al efecto generado por el pánico y el temor<sup>15</sup>.

Acorde a las observaciones anteriores, otro autor R. Connell sugiere que en momentos de crisis no existe una ruptura de roles, ni de normas aun cuando el concepto de lo que está bien y mal se transforma contextualmente. Por ejemplo, durante el rescate en WTC un grupo de bomberos rompió una máquina expendedora de bebidas para repartirlas entre los sobrevivientes, en ese contexto de heroísmo esa acción (desviada) era aceptable. Según el autor los momentos de crisis comprenden un tiempo de incertidumbre, seguido e una reevaluación normativa, un liderazgo y una toma de decisiones orientada a escapar o quedarse en el lugar a la espera de un auxilio exterior<sup>16</sup>. A estas observaciones, agregaríamos -luego de elaborado el duelo por la catástrofe- sobreviene un sentimiento de temor por el cual es necesario efectuar un proceso ritual en aras de prevenir su repetición; lo que duele no es la pérdida sino la posibilidad de volver a perder. Cuando ello atormenta el alma, es necesario expresar la culpa hacia un objeto externo dando origen el principio religioso de la sacralización de los muertos; a grandes rasgos todo parece indicar que el temor es un fenómeno post-traumático o un vinculante situacional con aquello que no viven la tragedia sino que observan.

En esa línea de razonamiento, los medios masivos de comunicación juegan un rol importantísimo tanto en la minimización como la exacerbación del evento y su transmisión a los espectadores. M. Hall argumenta que la percepción creada por los medios ya sea en el 11-09 o el

brote de SARS no reflejaba los peligros reales del suceso, sino una elaboración e interpretación simbólica específica sobre la opinión pública. Así, es necesario estudiar los efectos de «Agenda-Setting» en temas vinculados a la percepción de seguridad. Por el contrario, como veremos a en otra sección no necesariamente una transmisión de imagen negativa impacta en los televidentes. Otras variables como los lazos familiares pueden anular (parcialmente) el potencial riesgo<sup>17</sup>. Por otro lado, Hall identifica 5 fases en el tratamiento de las noticias: a) un estadio en el cual el problema comienza a definirse, b) una euforia alarmista invade a los televidentes, c) se analizan los costos de una política de Estado sobre la solución al problema, d) declina el interés de la opinión pública sobre el problema, y e) sobreviene un estadio posterior al cual el autor llama «post-problem stage»<sup>18</sup>.

De esta manera, la cobertura del WTC siguió las cinco fases por lo que el autor sugiere es poco probable un estado eufórico de crisis se mantenga en el tiempo. A medida que las autoridades toman cartas en el asunto, la percepción del riesgo tendería a disminuir.

## 5. EL TEMOR MODERNO

El miedo un aspecto tan humano y tan presente en nuestra vida social es analizado filosóficamente en forma acertada por Z. Bauman en su libro titulado *el miedo líquido*. En forma introductoria, el autor sostiene la idea que a diferencia de los seres vivos (que sienten miedo como una especie de impulso que los ayuda hacia la huida en contextos amenazantes) el hombre tiene la posibilidad de sentir un miedo diferente, por decir de otra forma en segundo grado, según palabras del autor «reciclado social y culturalmente». En otras palabras, el miedo humano trasciende los límites del tiempo y el espacio a la vez que es rememorado aún en un estado fantástico. Éste queda en el sedimento de la consciencia el cual a la vez regula la conducta entre los seres humanos aun cuando no exista amenaza directa (miedo derivativo). Siguiendo a H. Lagrange, Bauman considera que «el miedo derivativo» puede comprenderse como un «fotograma» descrito como el sentimiento de ser susceptibles al peligro.

Los peligros y los miedos derivativos pueden clasificarse en tres clases: a) aquellos los cuales amenazan la corporeidad de la persona, b) aquellos que amenazan la durabilidad del orden social donde esa persona se encuentra inserta, y c) aquellos que amenazan el lugar de la persona en el mundo y su posibilidad de no ser excluido. Si bien el

<sup>15</sup> QUARANTELLI, E. L., «The Sociology of Panic», *Disaster Research Center*. Preliminary Paper, 283. University of Delaware, United States, 2001. Material Disponible en [www.dspace.udel.edu](http://www.dspace.udel.edu).

<sup>16</sup> CONNELL, «Collective Behaviour in the September 11, 2001: Evacuation of the World Trade Centers», *Disaster Research Center*. Preliminary Paper, 313. University of Delaware, United States, 2001. Material Disponible en [www.dspace.udel.edu](http://www.dspace.udel.edu).

<sup>17</sup> YUAN, M., «After September 11: determining its Impacts on Rural Canadians travel to U.S.», *E-review of tourism Research*, 3 (5), pp. 103-108, A&M Texas University, Estados Unidos, 2005.

<sup>18</sup> HALL, M., «Tourism Issues, agenda setting and the media», *E-review of tourism Research*, vol. 1 (3): 42-45, A&M Texas University, Estados Unidos, 2003.

miedo derivativo no implica por sí mismo un peligro inminente, el sentimiento de inseguridad puede ser canalizado por medio de otros mecanismos aplicando el principio de subsidiaridad. En efecto, el Estado moderno responsable de cuidar por la seguridad de sus ciudadanos, cuando se exceden sus posibilidades en esa tarea, deriva esa responsabilidad a otras esferas de la vida social como el mercado de capitales.

Los seres humanos intentamos por todos los medios reducir las consecuencias indeseables de los eventos, transformando los miedos en riesgos. Los riesgos tienen la característica de ser calculables -a diferencia de los temores incalculables que no sólo son imprevistos sino también incontrolables-; así, la certeza centra su ámbito de acción dentro de los «peligros visibles». Lo cierto, como señala Bauman, es que ninguna catástrofe es tan dura o siniestra como aquella que se piensa imposible. Cuando la «civilización» cae adviene el estado de naturaleza en donde (según la idea hobbesiana) los hombres se matan unos a otros en lucha por los mismos recursos. Esa vida organizada y civilizada se nos presenta en forma de una lámina, más allá de ella se encuentra el desorden y la barbarie. En el «síndrome Titanic» dice Bauman, explica gran parte de la paradoja humana que se vive en la modernidad líquida. El Titanic, como lujoso transatlántico, representa el orden civilizatorio mientras que el iceberg en su estado natural y oculto recuerda a la humanidad su propia vulnerabilidad. En realidad, no es la historia de Titanic tan extraordinaria para tener que ser recordada por sobre otras tragedias, más sí ha sido repentina y por ese motivo impactante.

Básicamente, en Bauman no sólo que cada sociedad e individuo dentro de ella experimenta sus propios temores, sino que además existen miedos universales comunes a la mayoría de las sociedades occidentales. No obstante, debido al egoísmo y la progresiva desvinculación social cada uno de estos temores es tratado por cada uno de una manera individual. En su capítulo segundo, el «terror a la muerte» el autor explica por medio de un ejemplo televisivo como es el gran hermano, el vínculo entre el hombre y la muerte. Aun cuando temida por todos, ésta (como la expulsión de la casa) es inevitable. El mensaje de estos programas televisivos es claro a grandes rasgos, demostrar la debilidad humana en forma pública y su posterior «exterminio»; en efecto, todos menos uno irán siendo paulatinamente degradados o proclamados los «más débiles» y en consecuencia serán condenados a ser «eliminados». La supervivencia le pertenece sólo a uno mientras la condenación a la mayoría. Una vez tomada la decisión el participante admite y hasta justifica su supuesta debilidad ante la incuestionable voluntad del público. Estas escenificaciones televisivas funcionan según Bauman como verdaderos «cuentos morales» en los cuales el castigo y la

recompensa pasan a ser la norma a la vez que los vínculos entre virtud y pecado se debilitan. El contenido de estas narraciones nos lleva a suponer que los «golpes en la vida» son algo aleatorio y no siempre tienen una explicación detrás. Los hombres poco pueden hacer para detener el porvenir y el destino. En nuestra líquida sociedad moderna de consumidores la estrategia consiste en marginar y menospreciar todas aquellas cosas que tienen una duración longeva.

De esta manera, se busca inevitablemente devaluar parte de las experiencias que conforman la inmortalidad. En otras palabras, la preocupación por lo eterno debe ser olvidada pasando de lo duradero a lo transitorio. En *la deconstrucción de la muerte*, la humanidad la despoja finalmente de su carácter tremendo y trágico; en este proceso, se intensifica el volumen de terror hacia la misma debido a que aumenta su potencia de destrucción. Por el contrario, existe un segundo proceso (que es complementario) al cual el autor llama la *banalización de la muerte* en el cual se trae a la vida diaria la experiencia de la muerte transformando a la misma en un ensayo rutinario en el que se muere todos los días; o precisamente se teme morir. En realidad el miedo a la muerte en un segundo grado, es el miedo a ser excluido, al quiebre de la relación, a ser dejado o abandonado. Si la comunidad mantiene inalterable la idea de inmortalidad por medio del refuerzo de los lazos sociales considerando a la muerte como inevitable y única, la fragmentación vincular y la irrupción del individualismo sugiere la idea de una cotidianización de la muerte en la vida diaria con la obsesión de hacerla evitable<sup>19</sup>.

## 6. MIEDO, TERROR Y FOBIA

Las Fobias libro publicado ya hace varios años, 1984 por Jorge Saurí es un interesante aporte al estudio distintivo de los miedos, temores y terrores. Según nuestro autor, «*la característica más llamativa del miedo es, sin lugar a dudas, su carácter intencional, lo cual dice cómo este temple remite, en todos los casos, a un ente diferente a quien vive tal talante. En este sentido tal modalidad anímica refiere siempre a algo limitado, circunscripto, concreto, identificable como un determinado objeto*»<sup>20</sup>.

La proximidad del riesgo con respecto al sujeto determina la percepción de una amenaza y la posterior reacción la cual puede ser de enfrentamiento o huida. A diferencia del miedo el cual permite articular mecanismos de huida ante determinada amenaza, el terror se opone a ellas paralizándolo al sujeto. «Estas medidas de impedimento» (rituales) buscan destruir el suspenso y el peligro actuando de una manera imaginaria o simbólica cuya función es manipular la amenaza en un dato manejable y esperable; por ejemplo los amuletos de la suerte. Sin embargo, aún

<sup>19</sup> BAUMAN, Z., *Miedo Líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*, Buenos Aires, editorial Paidós, 2007.

<sup>20</sup> SAURI, J., *Las Fobias*, Buenos Aires, Nueva Edición, 1984, p. 12.

luego de orquestados estos mecanismos regulatorios el miedo puede resultar acechante. En otros casos, la huida puede ser sustituida por una intención imaginariamente construida sobre un potencial peligro.

El proceso de normalidad fijado por el miedo delimita un campo en donde la personalización esta protegida de toda destrucción por medio de un vínculo con un «otro absoluto», más fuerte y poderoso. Fuera de este espacio construido, se encuentra el peligro y la amenaza<sup>21</sup>. Es posible que la relación entre el sujeto y el «otro absoluto» quede vinculada por la acción de lo tremendo como categoría destinada a enfatizar esa desigualdad política. El punto central es que lo tremendo crea una dependencia casi absoluta entre el sujeto y el otro inmanente.

Por demás interesante en el tratamiento del problema es el trabajo del profesor Krishan Kumar de la Universidad de Canterbury titulado *El Apocalipsis, el milenio y la utopía en la actualidad*. En este trabajo el autor examina los sentimientos que predominaron en las sociedades europeas por el año 1.000 D.C. estableciendo ciertas comparaciones con el fin de nuestro segundo milenio. Lejos de lo que muchos piensan, parece que el 1.000 no representó una etapa de terror aun cuando existían temores y tensiones años antes y después de esa fecha. En parte debido a las premisas de San Agustín sobre la época sexta y última, y también con la interpretación de algunos monjes medievales como Beda -el venerable- quien afirmaba que el mundo se acabaría en el año 1.000. Por otro lado, si bien la Iglesia Católica consideraba esta clase de vaticinios como herejías, lo cierto es que en la práctica las permitía y las fomentaba sobre todo cuando éstas eran funcionales a sus intereses políticos. Como ya se ha visto, la reforma Protestante haría lo propio continuando con las revisiones apocalípticas de la Iglesia Romana intentando vincular los diferentes signos a la figura de un anticristo real en la figura del Papa.

Al respecto, el profesor Kumar sugiere *«del torbellino del siglo X surgió el renacimiento económico y cultural de los siglos XI y XII. De la violencia y destrucción del Apocalipsis surge el milenio. La Iglesia, en su afán de combatir el radicalismo social, podía tratar de apartar fines y nuevos principios, destrucción y creación, muerte y renovación. Una de ellas era la cuestión de la vida terrena; la otra, de la vida celestial»*<sup>22</sup>. En la mayoría de los casos, los Apocalipsis contienen elementos discursivos tanto vinculados al terror que genera la destrucción de una realidad, pero también asociados a la esperanza que implica la refundación de un orden nuevo y más justo. Mismos sentimientos del fin de milenio en el siglo X, pueden observarse en nuestro propio mundo actual en los albores de los siglos XX y XXI; nuestro estar-en-el-mundo se torna

mucho más peligroso e inestable en que siglos anteriores a la vez que un nuevo desorden mundial parece haber llegado a su punto de clímax. Occidente es testigo de guerras intestinas como así también de los largos períodos de recesión con cifras de desempleo que suben el 15%, generando una parálisis en la economía, el surgimiento de enfermedades mortales de características pandémicas, los desastres de tipo ecológico, etc. En fin, parece que ambos milenios tienen mucho en común. Sin embargo, si el milenarismo del siglo X traía consigo la idea de redención, de paz y de esperanza, el actual post-moderno parece algo distinto. En efecto, estamos en presencia de un milenarismo «de la perdición total» sin esperanzas ni deseos de una renovación moral profunda. El milenio ha llegado pero con él la idea de un futuro deprimente y desolador.

El cálculo económico y la economía de mercado han hecho declinar la imaginación combinadas con una sensación de desasosiego y melancolía. Entiéndase ésta última en el sentido freudiano como un estado de «luto crónico». En el desarrollo de su interesante ensayo, Kumar entiende que si modernidad, de los siglos anteriores, se ha caracterizado por una total negación a todo cierre utópico con una apertura hacia el futuro, la postmodernidad progresista significa una anulación de los tres tiempos (pasado, presente y futuro) generando una falta de alternativa y un vaciamiento de los valores morales; ya no se confía un futuro «siempre mejor» sino en el principio de la «anti-utopía». Es precisamente, según el autor la negación de la utopía lo que caracteriza a la sociedad occidental de finales del segundo milenio, por tanto que el supuesto fin del mundo se torna una «llamarada de violencia» o una decadencia moral por medio del hastío sin posibilidad de que la muerte signifique una refundación; al hombre moderno no lo angustia tanto el fin del mundo o la venida del «Anti-Cristo» tanto como los problemas de superpoblación o la recesión económico mundial. En este contexto, Kumar explica que estamos en presencia de un «milenarismo devaluado» desprovisto de visión utópica que compense el inminente terror de la destrucción.

En tal sentido, el milenarismo cristiano prepara a los hombres para una «apacible espera» del fin de los tiempos y aun cuando no da fechas ciertas del suceso, esboza una serie de señales que nos llevarían a suponer o a imaginar por medio de la utopía en la prometida resurrección del mundo; empero el sentimiento post-modernista no sólo nos niega esa posibilidad sino además no nos da motivos para creer en ese momento. Ahora bien, Kumar no niega que la utopía haya desaparecido totalmente de Occidente sino que sólo se ha agotado; los ecologistas por ejemplo siguen creyendo en los métodos para el fin ideal (telos) que persiguen pero sus convicciones no han podido traspasar las rígidas barreras de una sociedad indiferente ancladas en el consumo

<sup>21</sup> Op. Cit, p. 23.

<sup>22</sup> KUMAR, K., «El Apocalipsis, el milenio y la utopía en la actualidad», en BULL, M., *La Teoría del Apocalipsis y los Fines del Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 236.

y el derroche energético; sólo la población se acuerda de los temas ecológicos cuando sobreviene alguna catástrofe de gran alcance. Por último, advierte el autor existen brotes de utopismo fuera de los límites occidentales cuya expresión puede observarse en los mesianismos nacionalistas y religiosos que promueven no la muerte del Estado-Nación (en manos de la globalización) sino su transformación radical en vistas de una emancipación total y purificada por acción divina<sup>23</sup>.

## 7. LA INSEGURIDAD MATERIAL E INMATERIAL

El siguiente apartado se encuentra orientada a discutir el brillante texto de Robert Castel titulado *La Inseguridad Social* editado en 2004 por editorial Manantial. Inicialmente el autor establece en su capítulo introductorio una clasificación de los derechos a la protección en civiles y sociales. Los primeros están vinculados a las libertades fundamentales como así también a la garantía de los bienes mientras que en el caso de los segundos corren criterios de seguridad relacionados a la enfermedad, la pobreza, los accidentes y la vejez entre otros tantos.

Paradójicamente, las sociedades modernas equipadas con todo tipo de bienes materiales y protecciones, son aquellas en donde el sentimiento de inseguridad no sólo que es moneda corriente sino que atraviesa todos los estratos sociales. Esta paradoja, lleva a R. Castel a plantear una hipótesis por demás interesante; la inseguridad moderna no sería la ausencia de protecciones o medios sino todo lo contrario, una obsesiva manía vinculada a la búsqueda incesante de seguridad en un mundo social interrelacionado. Esa propia búsqueda frenética en sí es la que genera el constante sentimiento de inseguridad.

Lo cierto parece ser que no toda sensación sobre la inseguridad es proporcional a un peligro real, sino más bien el desfase entre una expectativa desmedida y los medios proporcionados para poner en funcionamiento la protección; en otros términos estar protegido –sugiere el autor– implica estar amenazado; a medida que las sociedad va alcanzando nuevas metas en la materia, otras nuevas surgen dando origen a riesgos que no habían sido tenidos en cuenta plasmado en una especie de aversión colectiva al riesgo. Luego de su clara presentación del problema, en el primer capítulo Castel analiza comparativamente el rol interno de los grupos que conformaban en la edad media a los entramados sociales con las sociedades modernas. En el pasado, la seguridad estaba circunscripta a una protección por proximidad es decir entre redes asociadas con un fuerte grado de cohesión y dependencia; su fin último evitar una agresión o amenaza externa.

Las sociedades construidas en base a un sistema de producción industrial como ha afirmado Hobbes se constituyen para evitar la «guerra de todos contra todos» en una sociedad civil, cuyos resortes continúan siendo manejados por la manipulación del miedo y la seguridad. El autor en este punto citando a John Locke, explica «*dado que el individuo ya no está tomado en las redes tradicionales de dependencia y de protección, lo que lo protege es la propiedad. La propiedad es la base de recursos a partir de la cual un individuo puede existir por sí mismo y no depender de un amo o de la caridad del prójimo. Es la propiedad la que garantiza la seguridad frente a las contingencias de la existencia, la enfermedad, el accidente, la miseria de quien no puede seguir trabajando*»<sup>24</sup>. La propiedad es en el génesis de la modernidad, el requisito clave, pues asegura un canal para independencia y la emancipación liberal del sujeto hecho que a su vez los asegura contra todas las inclemencias de la subsistencia.

En detrimento del vínculo social, el ciudadano propietario puede y tiene a su disposición todos los recursos legales del Estado moderno para protegerse así mismo. Y claro, como sólo la seguridad puede ser total en Estados absolutos –mérito hobbesiano–; estas estructuras no pueden regular en una dimensión total los comportamientos e interacciones individuales. Paradójicamente, un estado de este tipo transgrede los pilares básicos de la sociedad liberal de mercado moderna creando indirectamente una sensación de inseguridad. En su vulnerabilidad, el ciudadano recurre excesivamente a la protección del Estado y este a su vez se complejiza burocratizando sus procedimientos; lo cual resulta de una ambigüedad aún mayor y a vez mayor demanda. Como si advierte Hobbes, la seguridad total viene acompañada de la total falta de garantías y libertades<sup>25</sup>. La constante frustración que sienten los individuos en cuanto a este creciente sentimiento de «estar protegidos» y las carencias de un Estado cada vez menos omnipresente, sugieren la idea de una economía del miedo o mejor dicho una economía de la protección como acertadamente ha sugerido Castel.

Más específicamente, como el sentido de propiedad afecta, moldea y condiciona el de estatus social. No tener trabajo o caer en la enfermedad no sólo representan para el sujeto una desgracia personal, sino además un retroceso en su estatus por cuanto no puede valerse por sus propios medios. La inseguridad social en aquellos que no tienen accesos a los niveles básicos de materialidad es constante, y hace sus existencias una lucha constantes por la supervivencia. En este sentido y a diferencia de la tesis hobbesiana, la precariedad alude a un Estado que no garantiza la coexistencia de todos sus miembros.

<sup>23</sup> Op. Cit, pp. 233-260

<sup>24</sup> CASTEL, R., *La Inseguridad Social ¿Qué es estar protegido?*. Buenos Aires, El Manantial, 2006, p 23.

<sup>25</sup> HOBBS, T., *Leviatán o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.



Evidentemente, un rastreo historiográfico de los avances en materia salarial, jubilatoria y asistencial muestran una mayor protección del Estado en cuanto a muchos –aunque no a todos– ciudadanos. No obstante, por dos causas principales hoy día: la eficacia del Estado está sometida a debate.

En principio, el crecimiento en la productividad económica desde 1953 a 1970 ha generado un alza en el consumo y los ingresos. Este hecho no sólo generó menor desigualdad entre las clases sociales sino además generó lo que Castel llama «principio de satisfacción diferida» referida a la posibilidad o esperanza de vivir en un futuro mejor al presente a la vez que toda privación es entendida como provisoria. Al respecto, el autor señala *«esta capacidad de dominar el porvenir me parece esencial en una perspectiva de lucha contra la inseguridad social. Funciona mientras el desarrollo de la sociedad salarial parece inscribirse en una trayectoria ascendente que maximiza el stock de recursos comunes y refuerza el papel del Estado como regulador de esas transformaciones»*<sup>26</sup>.

El segundo punto se estructura por medio de la pertenencia colectiva al grupo que ha logrado esos derechos, como por ejemplo asociaciones, sindicatos, grupos políticos de presión etc. En este sentido, el empleado queda en inferioridad de condiciones con respecto al empleador precisamente porque la fuerza colectiva lo ha despojado de casi todas sus pertenencias. A diferencia del empresario que no sólo no pertenece a ningún gremio sino que además posee un nivel patrimonial superior, el empleado o trabajador queda sujeto a negociaciones que lo exceden por doquier. Como sea el caso, el ciudadano queda protegido por el colectivo que lo envuelve. Las negociaciones en bloque, y la creciente economía de mercado han debilitado al Estado Moderno confinándolo a una mera función de asistencia residual. Esta idea de descolectivización de la situación colectiva encierra una nueva paradoja o dilema por el cual los sujetos se encuentran insertos en bloques profesionales pero dejados a su suerte en un mercado laboral cada vez más competitivos. De esta forma, grupos marginales quedan excluidos de los beneficios sociales más elementales generando así sentimientos de rencor y resentimiento que no hacen otra cosa que agravar el sentimiento de inseguridad.

La problemática del riesgo nos recuerda que desde 1980 se ha instalado en la sociedad un nuevo problema con respecto a la inseguridad; un aumento en los canales de incertidumbre y una especie de malestar frente al porvenir quedan subordinados a que ocurran posibilidades inverosímiles de manera compensatoria; en otras palabras, hablamos no de inseguridad en sí misma sino de una «problemática del riesgo» o una percepción de que ninguna

solución es suficiente frente a lo imprevisible. En efecto, escribe Castel *«la imprevisibilidad de la mayor parte de nuevos riesgos, la gravedad y el carácter irreversible de sus consecuencias, hacen que la mejor prevención consista a menudo en anticipar lo peor y en tomar medidas para evitar que eso advenga, aun cuando sea muy aleatorio. Consiste en destruir, por ejemplo todo un rebaño de ganado ante la incertidumbre de que haya habido contaminación, al precio de consecuencias económicas y sociales desproporcionadas en relación con el riesgo real»*<sup>27</sup>. En palabras del propio autor, las sociedades modernas se encuentran viviendo una especie de «inflación del riesgo» en donde no existe una solución radical que aniquile el factor ansiogéno. Paradójicamente, a la vez que aumenta la demanda de protección decrece la posibilidad de estar protegido.

La relación entre la explosión de los riesgos y la ultra-individualidad de los actos se encuentran ligadas también a la proliferación de los diferentes seguros que venden seguridad y otorgan una supuesta protección. El sujeto queda así expuesto a asegurarse así mismo en un mercado competitivo que le resta identidad propia. *«El individuo se vuelve así, al menos tendencialmente, liberado en relación con ellas, mientras que el Estado se tornó su principal sostén, es decir, su principal proveedor de protecciones. Cuando estas protecciones se resquebrajan, este individuo se vuelve a la vez frágil y exigente, porque está habituado a la seguridad y corroído por el miedo a perderla»*<sup>28</sup>. La falta de un Estado omnipresente y omnipotente en materia de seguridad obliga a los ciudadanos a construirse sus propios mecanismos de protección. Es cierto, que la modernidad ha despojado tanto al Estado como a Dios de su omnipotencia natural en el punto en que ya no se escucha tanto como antes la frase «que Dios lo proteja». A diferencia de sus ancestros quienes luchaban día a día por su subsistencia, el hombre moderno se encuentra consternado por una búsqueda de seguridad que nunca satisface plenamente.

En este sentido, la inflación de la inseguridad instala el miedo en el seno de la vida social, pero uno que se encuentra sujeto a contingencias improbables. Así, la exacerbación del riesgo lleva consigo y alimenta a la mitología de la protección. Por lo visto, luego de esta exposición sobre los puntos que nos han parecido más importantes en R. Castel consideramos que el trabajo de referencia resalta la relación entre la estructura de mercado y la sociedad moderna explicando hasta cierto punto como la constante demanda psico-social de protecciones conlleva una constante idea de fragilidad que no puede ser superada. A la vez, el autor establece una ilustrativa clasificación sobre los diferentes tipos de protecciones (sociales o civiles) que aplican sobre los ciudadanos.

<sup>26</sup> Op. Cit., p. 49.

<sup>27</sup> Op. Cit, p. 78.

<sup>28</sup> Op. Cit, p. 85.

## 8. EL MERCADO COMO GENERADOR DE PÁNICO

El trabajo titulado *El pánico* de Jean Pierre Dupuy exige debido a su profundidad y transparencia intelectual por lo menos un comentario. El autor, comienza su capítulo introductorio con una pregunta, ¿Cómo se mantiene unida la sociedad?, y continúa ¿Por qué las crisis que desgarran o los miedos que habitan en ella no degeneran en desórdenes generalizados o en desbandadas desenfundadas?. Remitiéndose a la filosofía de Constant y Tocqueville (pero en especial de Emile Durkheim), Dupuy sostiene que toda sociedad posee un lazo invisible que la mantiene funcionando, como un inconsciente colectivo que se impone a los hombres. Siguiendo las enseñanzas de la mitología griega, cuando el lazo social deja un vacío y surge el desmoronamiento repentino del orden social, aparece el pánico.

Más específicamente, en el antiguo y mítico mundo de Arcadia, la tierra de la eterna felicidad, donde Pan (dios de los pastores) llevaba apaciblemente su rebaño; pero esa deidad mitad macho cabrío y mitad hombre, tenía una naturaleza ambigua. Por un lado, se presentaba como un verdadero seductor mientras por el otro se comportaba como un monstruo de una «sexualidad insaciable». Pan es constantemente rechazado por Eco, hermosa ninfa enamorada de Narciso quien justamente no ama a nadie más que a su propia imagen. Este podía aparecer súbitamente de los arbustos y atacar a los viajeros perdidos inspirando un terror repentino, el pánico. Explica el profesor Dupuy que los griegos utilizaban a Pan para simbolizar la causa presente-ausente de todo aquello sin causa y que carece de razón. De esa forma, los arcedianos podían transformarse de simples pastores a hordas de guerreros furiosos sin explicación aparente. Y en parte, ese también es el efecto psicológico que toma el pánico en la vida social. Invisible para algunos, el pánico es invocado cuando el inevitable caos no puede ser explicado y a la vez que la sociedad se disgrega por medio del pánico se vuelve a unir<sup>29</sup>.

El grado de temor va acompañado a lo dudoso de su carácter externo o interno. Cuenta el autor que durante el terremoto de San Francisco en Octubre de 1989, una multitud de gente se disponía a presenciar un importante encuentro entre San Francisco y Oakland para lo cual las «violentas sacudidas» no generaron el menor pánico; en otras ocasiones el pánico es generado cuando los espectadores se abarrotan en las salidas o las vallas aplastándose entre sí. Como sea el caso, el autor sugiere que dos corrientes académicas actualmente se ha predispuesto a estudiar el fenómeno del pánico en las sociedades, una la Escuela Francesa, y la otra la Americana. En este sentido, L. Crocq, exponente de la Escuela Francesa define al pánico como «miedo colectivo intenso, sentido

*simultáneamente por todos los individuos de una población, caracterizado por la regresión de las conciencias a un estadio arcaico, impulsivo y gregario, que se traduce en reacciones de desbandada de agitación desordenada, de violencia o de suicidio colectivo»<sup>30</sup>.*

La definición precedente va asociada a una forma específica que caracteriza la forma en que la Escuela francesa razona el problema del pánico en las masas, por yuxtaposición de opuestos a modo de explicación del problema (paradoja). De un lado, entrando al terreno individualista abordamos al pánico como una suma de reacciones individuales, muy similares todas ellas entre sí, surgidas de un mismo estímulo o situación. En estos casos, ante un mismo evento desestructurante no existe una estructuración interactiva, sino que todos se mueven azorosamente por egoísmo y buscando su mejor resultado. En el centro de nuestro modelo teórico, la idea apunta a una explicación por medio de la imitación como mecanismo carente de espíritu crítico; en estas circunstancias, la psicología primitiva del ser humano florece cuando éste se identifica anónimamente con una masa que lo envuelve. Por último, una postura holista (en el otro extremo) indicaría que el pánico se da por acción de un «alma colectiva» de la propia masa por la cual se sustituye las conciencias individuales y con ellas los sentidos de la responsabilidad interna. Dentro de esta corriente, el pánico reforzaría los sentidos de pertenencia de los individuos hacia su grupo.

Sin embargo, diferente parece la explicación que ha planteado la Escuela Americana para la cual el fenómeno se explica mucho menos irracional y salvaje de lo que supone la francesa. No es de extrañar que en la mayor parte de las situaciones de caos y crisis se esté muy lejos del pánico en sí mismo. Si bien éste implica un proceso de ruptura con las normas sociales, resocialización, no sugiere la posibilidad de una individualización extrema. En estos estados colectivos, el sujeto no regresa a su estadio arcaico animal (como supone la escuela francesa) como así tampoco se encuentra sujeto a los instintos más primitivos, sino guiado por un intenso miedo busca una solución racional; es precisamente cuando no encuentra la salida o alternativas cuando se torna preso de la irracionalidad. El sentimiento de impotencia es un factor importante a analizar en la predisposición del individuo a esta clase de circunstancias, un cuando no el único.

Ahora bien, ¿cuál es la relación que Dupuy establece y anuncia en sus capítulos introductorios con respecto al mercado y el pánico?. Según el autor, el terreno de las catástrofes financieras y de los mercados parece predisponer en verdaderas situaciones de caos y desorden generalizado. En efecto, entre el mercado y la masa existe un mediador, el pánico. Siguiendo el principio freudiano y las

<sup>29</sup> DUPUY, J. P., *El Pánico*, Barcelona, Gedisa, 1999.

<sup>30</sup> Op. Cit, p. 41.

contribuciones de G. Tarde con respecto a las masas, Dupuy sugiere que las masas se caracterizan por: a) un principio cohesionante (de origen libidinal) en el cual los diferentes individuos que la forman se mantienen unidos por una especie de sacrificio narcisista; b) la personificación de un jefe, figura por la cual la masa necesita de unidad pero paradójicamente sella el destino de su propia desintegración; el lazo libidinal une a cada uno con su jefe reforzando un «amor de objeto» depositando un «ideal del yo» en provecho de ese mismo objeto; como todos tienen por depósito el mismo objeto se fundan relaciones de reciprocidad entre los sujetos; y c) los fenómenos de contagio contribuyen a una exageración de afectividad o una «exacerbación de las pasiones» que llevan a la masa a la irracionalidad.

El mercado, para Dupuy cumple las funciones mencionadas por cuanto funciona como un mecanismo automático auto regulado armonizando los amores y odios entre los individuos; individualidad, narcisismo y cálculo están al servicio de un supuesto bien común y de medida. Siguiendo las contribuciones de A. Hirschman, infiere Dupuy, en una sociedad moderna donde la religión se presenta impotente para adoctrinar las voluntades individuales, el mercado se comporta como un sustituto (anónimo) y evita la descomposición colectiva. La idea que las pasiones son egoístas y violentas se supondría neutralizada en un campo donde primen las un libre juego de intereses lo suficientemente no tan fuertes ni tan débiles. En consecuencia, para nuestro autor, la masa se contrapone y se ubica contraria a los intereses del mercado negándola en sus tres pilares básicos, si la masa se caracteriza por su predominancia de la libido, el mercado lo hace por su dinámica egoísta; si la figura que comanda la masa es la del jefe, en el mercado el liderazgo es a-centrado; y si la masa basa su solidaridad por el contagio, el mercado hace lo propio por la protección y erradicación de todo tipo de emociones.

Tenemos, entonces, dos elementos que se ubican por oposición y deben ser reconstruidos. El grueso del colectivo deposita en su líder la seguridad y la confianza reforzando asimismo su afectividad y el narcisismo del jefe. Sin embargo, cuando por algún motivo esa figura protagónica desaparece, el pánico se apodera de la masa desintegrando todas las relaciones que Freud llama «libidinales»; cada miembro ahora se encuentra con su propio narcisismo y egoísmo. En la lógica de mercado, totalmente anárquica, se da lo que Dupuy denomina «la negación de la masa». Surgen entonces, tres paradojas que deben ser resueltas.

La primera de ellas, se relaciona con la figura del jefe quien centraliza su narcisismo mientras todos han renunciado al propio; el jefe a la vez que simula amar a sus seguidores en el fondo los desprecia. El autor resuelve esta

encrucijada poniendo en tela de juicio la idea misma del «narcisismo freudiano». En efecto, como sostuvo Girard (1961), Dupuy sugiere que nadie puede amarse asimismo más de lo que ama a otros y los otros le aman a él, por lo tanto bajo la figura del «pseudo-narcisismo», el autor afirma «en el pseudo narcisismo, el jefe puede amarse a sí mismo porque imita el amor que los demás le profesan. A la inversa, los demás le aman porque imitan el amor que el jefe tiene a sí mismo. Luego, puede decirse que el pseudo-narcisismo es producido por aquello que él produce: el amor a los demás»<sup>31</sup>. La excepcionalidad del jefe no es propia de sus características intrínsecas, sino parte de lo percibido y construido por el sistema.

La segunda paradoja radica en que el pánico es esencia de la masa pero a la vez la disgrega. Siguiendo ésta misma línea explicativa, Dupuy propone abordar la paradoja asumiendo que el pánico asume el punto crítico (endógeno) que antes ocupaba el jefe, no se le opone, sino que lo sustituye. Generalmente, en el pánico cuando el caudillo se ha dado a la fuga, surge un nuevo representante que controla o intenta controlar la situación. En consecuencia, tanto el orden como el desorden se estructuran en torno a un punto endógeno fijo, espacio que no es pre-existente sino fundante del sistema.

La tercera paradoja se relaciona al contagio del pánico. Si suponemos que el pánico rompe con los lazos libidinales, es imposible asumir que se propaga por contagio o imitación cuando son precisamente éstas últimas las responsables del «lazo libidinal». Del pasaje de la masa al estado de pánico asegura Dupuy el contagio continúa presente. En este punto el autor sugiere «la forma del pánico es la de una comunicación de elementos de una totalidad por mediación de uno o varios rasgos emergentes de esa totalidad considerada como trascendente, aun cuando sólo es auto-trascendente, es decir que son los propios elementos los que la hacen emerger»<sup>32</sup>. En una fuga pánico, los involucrados ya no toman como referente las acciones del vecino, como suponía Freud según su noción de lazo identificatorio, sino que copian sus parámetros de una «imitación generalizada» como rasgos emergentes pero a la vez constitutivos de la masa. En analogía, los agentes de mercado también actúan por una imitación generalizada cuando influidos por precios que son objetivamente fijados como externos, en realidad emergen del juego que da la propia interacción de mercado. Luego de lo expuesto, el autor sugiere interesantes análisis sobre la racionalidad del mercado y la Némesis de la especulación.

En resumen, la tesis principal de su trabajo es «la imitación se presenta entonces como la forma racional de administrar la incertidumbre... el sentido de estos avances se puede resumir con una fórmula que es mucho más que un mero juego de palabras: el mercado contiene el pánico,

<sup>31</sup> Op. Cit, p. 79.

<sup>32</sup> Op. Cit, p. 81.

en los dos sentidos de la palabra, refrena su avance pero lo lleva dentro de sí»<sup>33</sup>. Empero, ¿no cae Dupuy en la misma paradoja que entonces ha intentado deconstruir con su método?. La respuesta es: definitivamente.

Evidentemente, se observa en Dupuy –como abiertamente lo explica él mismo– una importante influencia durkheimiana en la estructuración micro-macro de la sociedad. Durkheim suponía erróneamente que los hechos sociales podían ser estudiados «como cosas» objetivas que se imponían por sobre las relaciones humanas, pero sin embargo, las sociedades como «los cultos religiosos» eran construcciones (proyecciones) propias de los individuos y sus relaciones. En consecuencia, Durkheim consternado por dilucidar cual era el origen y lo que mantiene unida a la sociedad cae en la misma paradoja que intenta explicar, al anteponer por adelantado la explicación de aquello que quiere deducir<sup>34</sup>. Este aspecto ha sido brillantemente advertido y criticado por Claude Lévi-Strauss por cuanto las estructuras del orden cultural se presentan en oposición binaria con el orden natural. Los hombres observan las relaciones entre las diferentes especies animales y las reproducen en sus relaciones entre clanes. Pero esta forma de organización, no es una construcción social sino parte del propio cerebro humano y la dinámica binaria que tanto revuelo armó dentro de la antropología.<sup>35</sup> Un problema que ya venía de la filosofía russoneana y hobbesiana de siglos anteriores. Como sea el caso y a pesar de los obstáculos metodológicos reseñados, el trabajo del profesor Dupuy resulta de particular interés ya que revela una relación dialéctica entre el pánico como elemento estructurante de los grupos sociales (constituidos o no) con respecto a la lógica legal-racional e impersonal del mercado. Claro que si suponemos que el mercado contiene racionalmente al pánico pero a la vez lo lleva dentro, quizás no resolvamos la paradoja pero sí podamos explicar los acontecimientos por venir.

## 9. EL RIESGO EN EL MERCADO SEGÚN LOS MEDIOS DE PRENSA

Con el fin de abarcar un lapso considerable de periódicos se analizaron los titulares y notas de los cuatro de mayor distribución en Argentina tales como La Nación, La Razón, Clarín y El Argentino entre el 23 de Septiembre de 2008 al 7 de Octubre del mismo año. Un breve repaso sobre el tema nos lleva a señalar que debido a los préstamos indiscriminados al cien por cien del capital solicitado durante la administración G. W Bush y las especulaciones inmobiliarias a finales de Septiembre de 2008, se sucedió en los Estados Unidos una corrida financiera, comparable a

la de 1929, por la cual genera un gran impacto emocional tanto dentro como fuera de ese país.

El 23 de Septiembre el diario la Razón cubre el viaje de la presidenta argentina Cristina Kirchner a Nueva York. En los párrafos finales luego de analizar la propuesta por la reapertura del canje de la deuda externa, la nota sugiere «tras resaltar la recuperación del país desde 2003, la Presidenta adelantó que la propuesta de los bancos es más que interesante, mucho más favorable que en 2005. Y dijo que esta reapertura se inscribe dentro del interés del Gobierno en reinsertar a la Argentina en el mundo»<sup>36</sup>. En este punto puede observarse dos aspectos principales que despierta todo proceso de crisis según Bauman, Castel, Quarantelli y Dupuy: a) en la imprevisibilidad de toda crisis existe la necesidad de retornar a un pasado similar cuyos antecedentes son en magnitud emocional similares a los actuales, por ejemplo se compara la crisis actual con aquella por la Argentina en 2001 la cual subsumió al pueblo argentino a un 30% de desocupación con un 20% de subocupación; y b) el énfasis en la recuperación del estadio caótico al cual se recurre y se menciona en el punto anterior. Es decir, habiendo Argentina superado la crisis de 2001, se puede enfrentar esta nueva «tormenta» que se avecina. El pasado mítico no sólo ayuda a comprender el presente en el cual estamos situados sino a enfrentar el futuro; nos provee de elementos simbólico que articulan el qué con el cómo.

Por otro lado, el diario *El Argentino* el 30 de Septiembre publica en tapa «miedo global en pleno terremoto financiero»<sup>37</sup>. En este punto, continúa «en una votación para el infarto que sacudió a Estados Unidos y al mundo, la Cámara de Representantes rechazó ayer una histórica ley de rescate financiero, pese a las advertencias de Bush». La nota se encuadra dentro de un terreno apocalíptico, por el cual los mercados financieros se «desploman» y corren grave riesgo de colapsar todo el sistema económico mundial. Utilizando términos con una impactante carga emocional como «día negro», «temblor financiero», «caída», «desplome» o «gran depresión» la columna hace expresa referencia a la onda expansiva que dicha crisis puede tener, aun cuando no deja de mencionar las oportunidades que se presentan para Argentina en tal contexto. En la misma fecha, La Razón titula «El no a Bush profundizó la crisis». Con idéntico tinte que la nota anterior, la columna enfatiza en la necesidad que el parlamento estadounidense apruebe el plan de «rescate» ofrecido por el Gobierno de ese país. Por otro lado, nuevamente se hace hincapié en las posibles consecuencias para Argentina en materia económica

<sup>33</sup> Op. Cit, p. 83.

<sup>34</sup> DURKHEIM, E., *Las Formas Elementales de la vida Religiosa*, Madrid, Akal, 1982.

<sup>35</sup> LEVI-STRAUSS, C., *El Pensamiento Salvaje*, Buenos Aires, Prometeo, 2003.

<sup>36</sup> Fuente: *La Razón*, 23 de Septiembre de 2008. Número 4331, edición matutina, pp. 6-7.

<sup>37</sup> Fuente: *El Argentino*, 30 de Septiembre de 2008. Año 1, Número 51. pp. 6-7.

<sup>38</sup> Fuente: *La Razón*, 30 de Septiembre de 2008. Número 4336, pp. 2-3.

destacando un posible aumento del dólar y la caída del Merval<sup>38</sup>. Encontramos entonces que el rechazo como figura subyacente converge con la oscuridad como símbolo de lo «malo».

El 03 de Octubre, tras la segunda votación del Congreso por el «salvataje» el diario Clarín titula en su tapa «Pánico en Estados Unidos y en Europa a la espera del rescate»<sup>39</sup>. Considerando lo anteriormente expuesto, el contenido de la columna no varía en grandes proporciones a no ser por la mención que se hace del dinero como un «bien escaso» y el fantasma del desempleo que tanto «atterra a los argentinos». En este sentido, una nota contigua escrita por M. Cantelmi sugiere que «es probable que los números no expresen la gravedad de la jornada de ayer. La nueva caída de las Bolsas esmeriló la recuperación de los mercados tras el derrumbe del lunes. Otra vez se quemó la riqueza y se amplió el agujero negro por el que parece caer irremediamente la economía doméstica no sólo de los norteamericanos. Ha sido un día de pánico. La palabra apareció nítida para definir una etapa de incertidumbre que es el capítulo siguiente al descubrimiento de los estragos que hicieron los especuladores»<sup>40</sup>.

Básicamente, este interesante artículo retoma la idea original de la «confianza» como el reestructurador del mercado, y su falta como la potencial causa de la crisis. Los especuladores financieros y tenedores de acciones se presentan como los responsables ante una sociedad que luego de varias décadas de estabilidad conoce la incertidumbre. Precisamente, es esa falta de certeza una característica de la sociedad «opulenta» americana que un país (latinoamericano) como Argentina conoce desde hace muchos años; en este sentido, es interesante la oposición identitaria que se observan en los contenidos de la prensa escrita. De tal forma, las diferentes crisis económicas en Argentina han inmunizado «a la opinión pública» resaltando los siguientes aspectos: a) lo peor ya pasó, y al estar «prevenidos» sobre los efectos de crisis similares, los argentinos podrán atravesar las dificultades, b) la incertidumbre y el desempleo se presentan como fantasmas del pasado que pueden retornar a la realidad política argentina en el futuro, c) una suerte de sentimiento melancólico por el cual los «argentinos» parecen sentirse aislados del «mundo», la crisis en el hemisferio norte no sólo los une en el propio temor, sino que los obliga re-abriendo temas pendientes como el canje de bonos.

Como bien lo ha observado, el profesor Dupuy estos estadios liminares lejos de desintegrar, re-estructura metafóricamente hablando cuando se hace mención al temblor o la posibilidad de caer, pero a la vez une y genera cohesión interna. Ejemplar a tal efecto, parece ser el titular de la Nación cuyo encabezamiento «rechazó el Congreso el

*plan de Bush y tembló el mundo»*<sup>41</sup>.

En forma discursiva como ha notado Bauman, además de la incertidumbre, el pánico se despierta sólo por la posibilidad de la exclusión. Palabras como «rechazo», la misma necesidad de los diarios argentinos de que Argentina sea nuevamente «reinsertada» en el mundo asociado con metáforas que hacen a desastres naturales como «derrumbe», «temblor» y «desplome» sugieren la posibilidad de leer entrelíneas que el desempleo o la pobreza no sean en sí más que proyecciones de un temor mucho más profundo que la crisis argentina (2001) ha ayudado a conocer: la posibilidad de ser excluido y segregado. Un aspecto de la cultura argentina que continúa actuando en lo profundo del inconsciente colectivo<sup>42</sup>.

## 10. CONCLUSIÓN

Todo principio de milenio trae consigo cierta angustia y temor en parte debido a que cualquier evento es interpretado como un signo del «Apocalipsis», o tal vez porque una nueva reestructuración económica se avecina. Hemos resaltado en nuestro tratamiento teórico que el mercado cumple funciones específicas con arreglo a un mecanismo automático auto regulado armonizando los amores y odios entre los individuos; individualidad, narcisismo y cálculo están al servicio de un supuesto bien común y la medida. Pero el temor es inherente al mercado, no sólo se encuentra en su interior sino que es parte del mercado mismo.

En este contexto, el presente trabajo ha intentado analizar el discurso de la prensa argentina en la cobertura de la crisis económica internacional suscitada a fines de Septiembre de 2008, cuyas consecuencias materiales y psicológicas se sienten hoy día en todo el mundo. Según nuestra perspectiva los medios argentinos evidencian un alto pesimismo al utilizar términos negativos relacionados a la oscuridad, el temblor o el derrumbe. Metafóricamente, si bien la mayoría de ellos pueden ser analizados en combinación a términos vinculados a desastres climáticos, lo cierto es que el «pánico» subyacente actúa por el temor a ser excluido. En tal sentido, se han extraído los siguientes elementos discursivos en las notas examinadas:

1) La necesidad de retornar a un pasado similar cuyos antecedentes son en magnitud emocional similares a los actuales, por ejemplo la crisis financiera argentina de 2001 la cual subsumió al pueblo argentino a un 30% de desocupación con un 20% de subocupación.

2) El énfasis en la recuperación del estadio caótico al cual se recurre y se menciona en el punto anterior. Es decir, habiendo Argentina superado la crisis de 2001, se

<sup>39</sup> Fuente: Clarín, 3 de Octubre de 2008, Año LXIV, Número 22.545, pp. 22-24.

<sup>40</sup> Fuente: Clarín, 3 de Octubre de 2008, Año LXIV, Número 22.545, p. 25., columna de Marcelo Cantelmi, «El Pánico».

<sup>41</sup> Fuente: La Nación, 30 de Septiembre de 2008, Año 139, Número 49.217, p. 8.

<sup>42</sup> BAUMAN, Z. *El miedo Líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2007.

puede enfrentar esta nueva «tormenta» que se avecina. El pasado mítico no sólo ayuda a comprender el presente en el cual estamos situados sino a enfrentar el riesgo de un futuro que deviene. Los problemas o privaciones materiales conllevan una huida hacia el pasado para poder enfrentar la incertidumbre del pasado y reducir la ansiedad.

3) La incertidumbre y el desempleo se presentan como fantasmas que pueden retornar a la realidad política argentina en el futuro. Estas experiencias negativas se mantienen según la posición de Entel en el imaginario colectivo aun cuando son activadas por la acción del milenarismo y no decisión de los agentes sociales.

4) Es interesante la observación de un sentimiento melancólico por el cual los «argentinos» parecen sentirse aislados del «mundo» no sólo desde lo geográfico sino desde

lo psíquico; la crisis en el hemisferio norte los une en el propio temor, a la vez que los obliga re-abriendo temas pendientes como el canje de bonos. Como bien lo ha observado, el profesor Dupuy estos estadios liminares lejos de desintegrar, re-estructuran y permiten (metafóricamente hablando) crear nuevos lazos de solidaridad. El pánico es interno a las estructuras y permanece en ellas al acecho<sup>43</sup>.

No obstante, quedan aún interrogantes que ameritan seguir siendo investigados y cuya formulación puede expresarse en forma de preguntas: ¿qué relación existe entre estos estudios de pánico y las adicciones en épocas posteriores?, ¿es la adicción moderna un mecanismo que reemplaza la xenofobia de mitad de siglo XX?, ¿qué vínculo se da entre la crisis de 1930 y las adicciones modernas y post-modernas provocadas por el estrés?, ¿es posible estudiar el tema de una manera histórica?

---

<sup>43</sup> DUPUY, J., *El Pánico*, Barcelona, Gedisa, 1999.